



El tejo rojo

# La **Cueva** del **bosque**



SERGIO YUGUERO GRANADO

 DYLA R

5



## ***La ardilla***

**E**l camino a casa se me hizo muy largo. Estaba muy cansado del partido de fútbol que acababa de jugar con mis amigos del barrio y encima me dolía la rodilla izquierda. El bruto de Ángel, como siempre, se había dedicado a dar patadas todo el rato. A pesar de que era bastante más alto que yo, la próxima vez estaba dispuesto a decirle algo para que cambiara de actitud. No podía hacer siempre lo que le diera la gana.

Cuando llegué al jardín de mi casa, un poco más alejada de la de mis otros amigos, a las afueras de Lassiche, me tumbé sobre la hierba. Ya no podía más. Tenía

sangre en la rodilla y un dolor tremendo. Mi hermana Silvia y mi madre salieron de casa y se dirigieron a mí.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntaron con curiosidad mientras observaban mi rodilla.

—Nada, sólo un golpe.

Sólo necesitaba descansar unos segundos. Además no era la primera vez que me quedaba allí tumbado sin moverme. Siempre elegía la sombra del árbol más grande, que nunca recordaba cómo se llamaba. Tenía muchos años más que yo, unos 30 ó 40 y yo sólo 10. Mi hermana era un año menor que yo. Era alta y con pecas, y le gustaba enterarse de todo en cada momento.

Mientras ellas fueron a buscar algo para curarme, observé que un pequeño animal me acompañaba en el jardín. En una rama del árbol había una ardilla. Era marrón, tirando a color rojo y me observaba con curiosidad. Cuando mi madre y mi hermana

volvieron de nuevo, la ardilla comenzó a moverse y escaló hacia ramas más altas.

—Hay una ardilla en el árbol —dije mientras mi madre me echaba un líquido transparente en la rodilla y me la vendaba.

—¿De verdad? —preguntó Silvia entusiasmada y levantando la vista.

En ese instante la ardilla bajó del árbol a toda velocidad, recorrió parte del jardín, pasó por encima de mi cuerpo y de nuevo se subió a otro árbol.

—¡Qué graciosa! —exclamó mi hermana—. Quiere jugar con nosotros.

—Sí, eso parece —dije mientras me intentaba levantar.

En ese instante, Louis y Jessica, nuestros amigos que vivían más cerca, aparecieron en nuestro jardín arrastrando sus bicicletas.

—¿Os apetece un paseo en bici? —preguntó Louis con su voz grave, que parecía la

de una persona mayor, cuando en realidad también tenía 10 años.

Mi amigo era bastante alto, más de lo habitual y se movía con gran agilidad. Éramos inseparables desde que nos conocimos. Siempre estábamos juntos en el colegio y nos ayudábamos mucho mutuamente porque ninguno de los dos sacaba excelentes notas. Jessica, en cambio, era muy inteligente. No necesitaba esforzarse mucho para destacar como la mejor de la clase. Además era muy querida por todos.

Me pensé durante unos segundos la opción de dar el paseo en bicicleta que me habían propuesto mis amigos. Según tenía la rodilla no era la mejor idea y mi madre tampoco me iba a dejar.

—¡Mira una ardilla! —exclamó Jessica mirando hacia el árbol.

En ese momento el animal nos miró uno a uno y salió corriendo por la puerta del jardín que mis amigos habían dejado abierta.



—¡Oh! ¡Se va! —exclamó Silvia, siguiendo a la ardilla—. Se ha parado en medio de la calle —nos informó.

—¡Igual quiere que la sigamos —continuó Jessica con el mismo entusiasmo.

—¡Vamos tras ella! —me levanté al instante sin pensar en mi rodilla.

—¡No corras! —gritó mi madre.

—¡No te preocupes! ¡Ya no me duele! —contesté.

Y salimos disparados. Allí estaba el animal esperándonos. Cuando llegamos a su altura comenzó a correr de nuevo en dirección al enorme bosque que había detrás de mi casa. Seguramente ese sería su hogar. Mis padres en más de una ocasión nos habían advertido que no nos metiéramos en él porque era muy grande y peligroso. A pesar de que mis amigos también lo sabían, continuamos persiguiendo a la ardilla.

Nuestro amigo Ángel, el bruto que me había dejado dolorida la rodilla, me había

contado una vez varias historias extrañas sobre el bosque. Por un lado me había dicho que un amigo de su padre fue allí a pasar el día. Salió tan asustado de lo que ocurrió que nunca había sido capaz de contárselo a nadie. Lo único que dijo fue que no volvería nunca por allí. Ángel aseguraba que por las noches aparecen fantasmas, y que aquel hombre se quedó hasta que oscureció y los vio. Yo la verdad es que no me lo creía mucho. Otra historia decía que quien se portaba bien allí y respetaba el espacio natural no corría ningún peligro. Leyendas...

El caso es que nunca habíamos ido hasta el bosque. Ni los padres de Louis y Jessica ni los míos nos habían hablado del tema, sólo nos decían y repetían que era muy grande y eso lo convertía en peligroso. Cualquier persona se podía perder.

—No deberíamos ir mucho más lejos —dije avisando del riesgo que podíamos correr y sufriendo al mismo tiempo por el estado de mi rodilla, que en realidad me dolía bastante.

—¡Vamos! ¡Que no se nos escape!  
—exclamó Jessica, que era la que más corría o la que más entusiasmo demostraba.

Mientras, la ardilla avanzaba y avanzaba, pero también se paraba a ratos para comprobar que la seguíamos, como haría un perro. Estaba claro que nos quería llevar a algún sitio.